

que aquel que amado con ternura y con respeto de los hombres mantuvo felizmente la paz de este reyno, y conservó la paz cristiana de su corazon, descansen amado eternamente de tí en la sólida y verdadera paz.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MATÍAS DE GALVEZ,

VIREY QUE FUÉ DE MÉGICO.

Simplicitas justorum dirigit eos. Proverb.
cap. 21.

Si esta triste y religiosa ceremonia no tuviera otro fin, que el de mostrar al pueblo cristiano con un documento el mas sensible la fragilidad y la nada de la humana grandeza, yo llenaria mi doloroso oficio con solo acordaros la trágica escena que poco ha se representó á nuestra vista en la muerte de un poderoso y amable principe. ¡ Transformacion funesta! en que la perspectiva hermosa de magnificencia, de júbilo y de regocijo desaparece repentinamente, y se muda en la melancólica de humillacion, de tristeza y

de llanto. ¿Quién nos dijera en aquellos plausibles días de febrero del año próximo pasado de ochenta y cuatro, cuando nuestra ciudad era un lucido teatro donde brillaban á competencia la magnificencia y el artificio de los espectáculos festivos, cuando la nobleza y la plebe concurrían con todas las demostraciones que inspiran el placer y la fidelidad megicana ácia sus príncipes á solemnizar la entrada de su virey: quién nos dijera que ántes de nueve meses veríamos convertidos los alegres vítores en lamentos tristes, la gala en lutos y los arcos triunfales en una tumba lúgubre? ¿Quién nos dijera que en este templo, en el mismo sitio donde entonces le vimos con el cortejo mas espléndido postrarse ante el Dios de los reyes á invocar su nombre y rendirle sus homenajes religiosos, se habia de levantar hoy ese monumento de su miseria, y que esta fúnebre solemnidad, destinada á llorar su estremo abatimiento y su tránsito á la oscura region del olvido, casi vendria á ser el aniversario de aquellos días en que pareció con mas grande pompa y lucimiento sobre la tierra? Así pasa, señores, la figura aparente del mundo, haciéndonos ver á todas horas que sus felicidades son una dé-

bil flor que en un día nace y se marchita; que sus dignidades y empleos no tienen otro término que el pomposo aparato con que es llevado el hombre á consumirse entre los gusanos y la podredumbre; y finalmente que, mezclándose en los días de nuestros mayores gustos la risa y el llanto, sobre las huellas aun recientes de un placer fugitivo pone sus pesadas plantas el dolor.

Reflexiones dignas de este dia y de este lugar, y las mas conformes á aquel espíritu con que ha permitido la iglesia que en la cátedra destinada á enseñar las verdades santas se alaben unos hombres á quienes no ha marcado con el sello de la eterna felicidad. Pero si permite estos elogios para que aprendamos en la muerte de los mas grandes personajes el debido desprecio de la caduca prosperidad del siglo: tambien quiere que la memoria de sus virtudes nos aliente á imitarlos, y que publicándolas se desahogue cristianamente el dolor de su pérdida. El que sentimos hoy, y llena nuestros corazones de indecible amargura, tiene su principal motivo en lo mismo que nos aprovecha para el desengaño. Pasaron como sombra y se desvanecieron como un sueño de pocos instantes aquel feliz gobier-

no y aquel virey grande de cuyas virtudes esperaban la religion y el estado sus mayores aumentos. Unos ensayos los mas gloriosos señalados con la justicia, la equidad y el desinterés, principios que pudieran coronar dignamente los fines dichosos de otro gobierno de muchos años, lisonjaban nuestras esperanzas para hacernos sentir despues cuán infelices somos en haber perdido al que justamente nos parecia enviado de Dios para la pública felicidad. Pero si la corta duracion de su vireynato nos ha dejado penetrados del dolor mas vivo, al mismo tiempo nos ministra sólidos motivos de un cristiano consuelo el mérito de aquellas heroicas virtudes que tuvo ocultas por mucho tiempo su inclinacion á la vida privada, y que dió últimamente á conocer su destino público.

No imaginéis, señores, al oír el nombre de heroicidad, tan vulgarizado en todo elogio fúnebre, que haya de ponderaros con hipóboles estudiados multitud de acciones ruidosas, ó empresas que solo por raras y estraordinarias merezcan vuestra admiracion. Los verdaderos héroes no se han de buscar fuera de sí mismos: y la cristiana heroicidad solo se forma en el fondo del corazon. El mundo, que no

ve sino el hombre exterior, venera como grandes á muchos de aquellos que con la espada ó con la pluma hicieron famosos unos vicios que detesta la humanidad y reprueba la religion pura del hombre Dios. Mas á los ojos del Señor, que registra los senos mas secretos del espíritu, no hay otra grandeza sino la bondad y rectitud de corazon que hace admirables á los hombres aun en las obras pequeñas y oscuras. Los caminos torcidos y artificiosos del impío (dice Dios en el libro santo de los Proverbios) si tal vez le elevan hasta la alta cumbre de una gloria mundana, es para precipitarle al abismo de la confusion: solo aquellos pasos que van dirigidos por la sencillez y la justicia, llevan al hombre al templo de la inmortalidad: *Simplicitas justorum dirigit eos, et supplantatio perversorum vastabit illos: Justitia simplicis dirigit viam ejus.*

No busquemos ya, señores, otro motivo de consuelo en la imponderable pérdida que lloramos, ni otra materia para un fiel elogio que nos instruya que la que ministra la sinceridad de corazon del escelenísimo señor Don Matias de Galvez, teniente general de los reales egércitos, virey y capitán general de la Nueva España. Todos los otros relevantes tí-

tulos que harán eterna su memoria de guerrero intrépido, celoso amante del público, gobernador imparcial y desinteresado, ó son menos, ó se encierran en este solo: El *virey sincero*. La sinceridad fué su caracter en la condicion de una vida privada, y ella dirigió sus intenciones y sus pasos en el gobierno y en medio de una ilustre corte. Si yo pretendiera excusar anticipadamente los defectos de un discurso desaliñado, menos digno de vuestra presencia y del refinado gusto del siglo, me disculparia con la grandeza del asunto, superior á mis cortos talentos. Pero, sin recurrir á afectadas disculpas, me bastan para tomar sobre mí este árduo empeño los sagrados vínculos de un cordial agradecimiento, que me hacen no menos tierna y dolorosa que venerable la memoria de este hombre recto. Ni la gratitud me hará olvidar cuánto debo al ministerio de la palabra santa para no profanarla con espresiones engañosas ó lisonjeras, ni cuidaré de mas adornos que del que corresponde al elogio de un varon sencillo: esto es la sencillez y la verdad. Dios, autor de ella y de todas las gracias, se digne concederme la que necesito para el acierto. Así se lo pido humildemente por intercesion de las mas

pura de las vírgenes su amada madre María santísima. AVE MARIA.

Es la sinceridad el caracter mas noble de las almas grandes, y el mas precioso esmalte de las virtudes que deben adornar á un gobernador justo y benéfico. Al paso que el doblez y el astuto artificio de una viciosa disimulacion manchan y obscurecen aquel ingenuo candor del ánimo que es como un hermoso reflejo de la divinidad; el hombre (conforme á la doctrina del gran padre San Agustin) cuanto mas adornado de una generosa simplicidad, tanto es mas semejante á Dios simplicísimo por esencia. Es verdad que el vulgo ignorante confunde la sencillez virtuosa con la necedad y la falta de penetracion; y una politica perversa la pone en la clase de las virtudes de almas inútiles, apocadas y fáciles de engañarse, que, ó contentas en la obscuridad, jamas aspiran á los honores, ó no son capaces de desempeñar unos altos destinos: Error pernicioso é intolerable con que se pretenden autorizar la irreligion y el vicio bajo el falso nombre de prudente sagacidad y de politica: como si al templo de la gloria solo se caminara por las sendas sombrías y oscuras de la astucia y del artificio, ó como si solo pudiera mandar á

50
los hombres el que fuera enemigo de Dios. Príncipe era Job, y tan grande que llegó á merecer que el Señor le calificara como á un hombre sin semejante sobre la tierra por la sencillez de su espíritu. *¿Considerasti servum meum Job, quòd non sit similis ei in terra::: simplex?* David, escogido de Dios para rey de su pueblo, no menos político y guerrero que sabio, honraba el trono con la sencillez de corazon confesando cuánto se complace en ella el Señor: *Scio, Deus meus, quòd simplicitatem diligas, unde et ego in simplicitate cordis mei obtuli universa.* ¿Y quién no sabe que el supremo Legislador, autor de la sana politica y de la verdadera prudencia, al enviar por el universo á los heróicos propagadores de la fe santa, al darles la investidura de príncipes de toda la tierra, que habian de sujetar la sabiduría y poder del siglo á las humillaciones de la cruz, les intimaba que para satisfacer á tan importante ministerio imitaran á las simples palomas? *Estote simplices sicut columbe.* Mas aunque esta generosa sinceridad no tanto es una especial y determinada virtud, quanto un fondo apacible y limpio y una como hermosa tersura de todas las virtudes con la que el hombre parece á los demas lo que es, y

51
es lo que debe ser; ella no obstante se manifiesta y se caracteriza singularmente por una sencilla sobriedad de inclinaciones y de costumbres. Un hombre dotado de corazon ingenuo, amante de la verdad y enemigo del engaño y del artificio, que en cuanto hace y en cuanto dice obra y se explica sin disimulo ni afectacion, que en todos sus movimientos respira un cierto ayre de franqueza y despejo que jamas puede contrabacer el arte: un hombre en quien la bondad, la clemencia y la inclinacion á hacer bien á otros parecen nativas, que contento con lo que basta á la naturaleza aborrece el fausto y la vanidad observando en todo la moderacion: esto es lo que yo llamo un hombre sencillo, y este es tambien todo el diseño del retrato que pretendo formar del excelentísimo señor Galvez.

Pero permitidme que, para comenzar esta sencilla copia de sus virtudes, me aparte del comun estilo y no me detenga en representaros los privilegios de un nacimiento en que no tiene parte el personal mérito; y aquellas nobles prerogativas de la sangre en que muchas veces la ilustre cuna solo sirve de hacer mas visibles las feas manchas de una vida torpe y obscura, Porque cuando yo os pusiera á la

vista un escudo en cuyos leones, torres, cruces, árboles y otros muchos blasones ilustres vierais simbolizados los méritos y heroicos servicios de las antiguas casas de Galvez, García, Madrid y Cabrera: cuando, para acordaros las grandes hazañas de las cabezas de estas baronías, recorriera las épocas mas célebres de la historia de nuestra España, y os señalara entre los ascendientes de nuestro virey ya á los invictos conquistadores de Granada, de Vélez-Málaga, de Alicante, de Santaela y de Madrid, ya á los valerosos capitanes y soldados que derramaron su sangre en las batallas de Clavijo, de las Alpujarras y en tantas otras, en que inmortalizaron su nombre y exaltaron su religion los invencibles españoles contra la multitud y la infidelidad mahometana: ¿qué haria mas que haceros presente cuan grandes fueron y cuanto obraron los abuelos del señor Galvez? Pero este grande hombre que apreciaba mas la vida sincera que la noble cuna, en quien fueron mayores los timbres adquiridos que los heredados, que dió á su casa y su familia un lustre superior al que recibió de ella, no necesita recomendarse por la nobleza de sus antepasados, sino admirarle por la que él ha derivado en su posteridad. Bastará para

mi principal intento reflexionar que descendiendo de unas casas españolas antiguas, venerables por su valor y por la pureza de su fé, si la sangre tiene algun influjo en las inclinaciones y las costumbres, él habia heredado un corazon verdaderamente español: esto es, sencillo, franco religioso.

El generoso espíritu que le animaba y de que dió despues tan gloriosas muestras, un fondo de talentos nada vulgar, un entendimiento claro y despejado que se manifestaba en la rectitud de sus juicios, en el acierto y propiedad con que discurría aun sobre materias muy estrañas á su profesion, y en la festividad graciosa y las sales con que sazonzaba su conversacion le prometian ventajosos progresos por la carrera de las armas ó la de las letras. Las mitras y plumas, los bastones y las espadas que veia pendientes del árbol de su genealogía, eran un poderoso estímulo para alentarle á seguir alguno de aquellos dos apreciables rumbos. Pero arrastraban al señor Galvez con dulce violencia las inclinaciones de su sencillo corazon á otro género de vida el mas propio de este caracter. La corte, ese mar tempestuoso en donde el mérito y la inocencia naufragan tantas veces á los embates de la perfidia,

de la maligna astucia y de la emulacion; las inquietudes y ansias sedientas de la negociacion y el comercio, los recelos amargos, las solicitudes y adulaciones de un cortesano pretendiente y de un literato ambicioso, la disipacion y el sangriento aspecto de la campaña: todos estos rumbos, en que á cada paso se tropieza en los escollos de la ambicion, de la codicia y de otras tumultuosas pasiones, no eran acomodados al que desde luego habia resuelto dirigirse por las sendas tranquilas de la moderacion y de una sencillez frugal. En efecto él prefiere á las lisonjeras esperanzas de una fortuna espléndida vivir retirado en el cultivo de sus heredades. No os detendré ahora con una pintura poco oportuna de la vida bienaventurada de un labrador noble, ni os convidaré á que contempleis la quietud de la soledad, los ejercicios inocentes de la agricultura y las sencillas costumbres de los labradores como otros tantos incentivos y fomentos que facilitan la práctica de la virtud y el goce de sus puras delicias. Solo diré que el señor Galvez, sin aspirar á aquellos brillantes destinos que le proporcionaban desde su juventud su sangre y sus prendas, eligió una condicion de vida en que sin envidiar ni ser envidiado, lejos del enga-

ño y del artificio, no lisonjeando al poderoso, ni temiendo á un rival, sin apeteer las riquezas ni sufrir la escasez viviera para sí y para Dios cumpliendo con las obligaciones cristianas de un padre de familias.

Bien conozco que una crítica mundanal, en cuyos ojos débiles hace poca impresion una luz apacible, condenará como menos digno del elogio de un héroe este trato al parecer oscuro de la vida privada del señor Galvez. Pero yo hablo como ministro de Jesucristo, y hablo en un lugar en donde solo deben ponderarse como heróicas las virtudes propias del estado. Jamas sin un sacrilego desacato se alabará á la frente de los altares el guerrero esforzado que, cuando se gloria de haber vencido egércitos, conquistado provincias y traído como vinculadas á su espada la paz y la guerra, se desdenea ó no cuida de combatir los desórdenes domésticos de su familia y de mantener en ella una paz cristiana. Jamas en el idioma del evangelio tendrá el nombre de grande aquel que, dando leyes sobre el tribunal á los pueblos, árbitro de las diferencias y de los derechos agenos, no sabe observar en el recinto de su casa los principios de la justicia, amando con fidelidad á su esposa,

educando cristianamente á sus hijos y tratando con afabilidad y dulzura á sus criados. D. Matías de Galvez, entregado todo á las atenciones de una familia numerosa de quien va á ser un apoyo firme y como genio tutelar, camina sin ruido por las sendas de la verdadera grandeza, y se hace acreedor á las alabanzas del santuario. Marido amante y fiel, activo en el trabajo, maestro de sus hijos, amigo de sus familiares, padre de sus hermanos llena su casa de las abundantes bendiciones del cielo.

Aquí, señores, es preciso que, mudando yo de language y vosotros de idea, os ponga delante y veáis con asombro allí en el retiro de Macharaviaya no ya un héroe doméstico, ni las virtudes sencillas de un hombre privado, sino las públicas ruidosas empresas de un político y un general. A la manera de un árbol robusto y fecundo que escondido en las selvas se cubre de flores y frutos que van después á esparcir su fragancia en las cortes y á sazonar las mesas espléndidas de los reyes: ó como una luz clara y activa que, por mas que se oculte, difunde sus rayos é ilumina á grandes distancias: el señor Galvez, padre por naturaleza de un hijo insigne, y padre por la educación, por el

consejo y por los auxilios de unos escelentes hermanos, se levanta como otro Matías á ser cabeza de una familia que ha de engrandecer á España con las armas y con la prudencia, y va á llenar de héroes á su nacion.

No es necesario deciros mas: el escrupuloso decoro de este santo puesto y de mi ministerio, de los que debo desterrar aun la sospecha mas ligera de toda lisonja; la cristiana moderacion de los personajes de que hablo no sufrirán otra alabanza que la de llamarlos dignos hijos del escelentísimo señor D. Matías de Galvez. Llegará tiempo en que la posteridad haga los elogios correspondientes á un conquistador generoso é intrépido, que á los treinta y seis años de su edad ha cortado con sus propias manos mas laureles marciales, que los que coronan las cabezas canas de otros capitanes ilustres. Acaso no faltarán entónces ingeniosos panegiristas que ponderen entre otras cosas que el gran puerto de Panzacola se denominó muchos años há la *bahía de santa Maria de Galvez*: como si en su mismo renombre llevara no sé que presagio feliz de la mano que le habia de reconquistar en nuestros dias. Nuestros sucesores, sin incurrir en la nota de adulacion, publicarán con

las mayores alabanzas los vastos talentos, la elocuencia varonil y nativa, la perspicacia política, la infatigable vigilancia, el desinterés y el celo por el Soberano de un ministro sobre cuyos hombros descansa largo tiempo el grave peso de un nuevo mundo: el valor, la pericia militar y las amables dotes de otros dos, mas que hermanos, hijos del señor D. Matías. Publicamos entre tanto nosotros que la grandeza y el mérito de esta familia es un efecto de la heroicidad laboriosa y sencilla con que se hizo admirar nuestro virey en su vida privada, y cumplimiento de aquella promesa magnífica en que Dios ofrece recompensar á los corazones sinceros con una sucesión bienaventurada: *justus qui ambulat in simplicitate sua, beatos post se filios relinquet.*

Hombre verdaderamente grande é incomparable el que destina la Providencia para criar héroes militares y políticos: Pero no todos los hombres nacen para todo. Y á la verdad el señor Galvez en el silencio de una vida tranquila parecía mas á propósito para engrandecer á los suyos con el consejo y con el auxilio, que para emprender aquella carrera tan cercada de riesgos como de honores, que él mismo allanaba á otros. Así se hubiera creído si

este hombre sincero no sacrificara generosamente el peso de su inclinacion á la vida privada y su amor de la soledad por la obediencia á las órdenes del Soberano. ¿Y no os parece al verle en el tercio último de su vida pasar del campo á la campaña, y arrancarse del seno tranquilo de su familia para servir al público que renacen en nuestros dias los tiempos felices de los Fabricios y de los Serranos, y aquellos siglos de oro de nuestra España en que las robustas manos de los sencillos españoles se ensayaban en el cultivo de los campos á regar las campañas con la sangre enemiga de la nacion y de la fé? Yo no me puedo detener en mostrárosle desempeñando los honrosos empleos del gobierno de Paso Alto en la isla de Tenerife y el de la inspeccion y comandancia general en Canarias. Contemplémosle en un punto de vista mas elevado á la frente del reyno de Goatemala como su gobernador, capitán general y presidente de su real audiencia.

La desgraciada capital de aquel reyno, destruida á la violencia de los terremotos, gemia aun sepultada bajo el triste polvo de sus ruinas cuando entró el señor Galvez á gobernarla. Una ciudad sin edificios, unos ciudadanos sin domicilio, consterna-

dos con las dificultades que preparaba la restauracion de sus casas en mejor suelo, discordes los ánimos sobre la mutacion del sitio y sobre los medios para ella: ¡qué amargas y qué peligrosos tropiezos para un nuevo gobernador! Mas en poco tiempo todo lo dirige su prudencia, todo lo facilita su celo y lo vence todo su actividad. Tranquilizados los espíritus y conformes en los dictámenes se levantó Goatemala la nueva mas hermosa despues de arruinada: fórmasse en poco tiempo un primoroso importante acueducto á esfuerzos de la ingeniosa industria del señor Galvez: y los goatemaltecas respirarian como si nada hubieran padecido, si á las intestinas calamidades no sucediera el golpe que iba á descargar sobre su reyno un enemigo formidable. El gabinete astuto de Londres, secundo en arbitrios para adelantar su comercio, concibió muchos años ha desigmo de apoderarse del Lago de Nicaragua, promover sus establecimientos en la Costa de Honduras y abrirse un paso al mar del Sur para facilitar su suspirada negociacion del Océano Atlántico al Pacifico. A este fin establecidos en la isla de Roatan, fortalecidos en la Criva, en Mesteric y Siriboya lograron en esta última guerra apoderarse del castillo de San

Fernando de Omoa, é intentaron subir por el rio de S. Juan hasta el rio de Nicaragua. Si el tiempo me lo permitiera, ¡qué ocasion era ésta tan oportuna para hacerlos ver la militar destreza del señor Galvez ya en la conquista de una y ya en la recuperacion de otras de estas plazas! Ni las distancias de muchos centenares de leguas, ni lo inaccesible de las montañas y lo cenagoso de los valles, ni la destemplanza y variedad de los climas, ni la escasez de armas y víveres acobardaron ó impidieron á este invicto hombre para emprender y concluir felizmente la conquista de la isla y puerto de Roatan, la rendicion de la Criva, la defensa del Lago de Nicaragua y la restauracion de Omoa.

Cuando yo considero á este gran general caminando á largas marchas para atacar una plaza fortificada con poca tropa, con muy escasas municiones y con ninguna artilleria: cuando me le represento montando cuestras escarpadas y viniendo pantanosos valles, á pie muchas veces, y casi sin comer, sufriendo con increíble constancia los agudos dolores de una úlcera cruel que le atormentaba y que no le permitia moverse sino á costa de gran fatiga, durmiendo ó velando las no-

ches á cielo descubierto, negándose á todo descanso, hasta presentarse en un sitio inmediato al castillo de Omoa ácia donde se dirigian la artillería y el fuego del fusil enemigo: cuando le contemplo obrando y mandando con toda la intrepidez y ardor de un soldado jóven, y con toda la madurez y tino de un viejo general, ya no me parecen incomparables y sin semejante los heróicos arrosos de un Cárlos XII en Vendé, de Alejandro el Grande en el asedio de los Ojdracas y del mayor que Cárlos y que Alejandro Cortes sobre las calles de nuestra Méjico. Campaña, señores, de pocos días, desnuda de aquellas esterioridades ruidosas que se hacen admirar por el número de las tropas y por la multitud de las acciones; pero campaña que bastó por sí sola á formar un héroe digno de inmortalizarse en la memoria de los siglos. Porque ¿qué le faltó? ¿O cuál de aquellas gloriosas dotes que califican á los mayores generales, no mostró Galvez en esta ocasion? ¿El valor? Pero el suyo (permitidme que así lo diga) mas que de valor, podia graduarse de temeridad, si no supiéramos que cuando debe sacrificarse la vida por la gloria de la nacion y por la importancia de la empresa, ó no son valientes sino los temerarios, ó se ha de

colocar en la clase de la heroicidad una resolucion arrojada. ¿La constancia á prueba de las dificultades y los peligros? ¿Mas cuáles no toleró y superó? Dificultades en las marchas por lo inaccesible de los caminos y por la escasez de alimentos: dificultades por la falta de armas y la impericia de unas tropas bisoñas: peligros mortales de un clima enfermizo, peligros del fuego enemigo que desafia á cuerpo descubierto, y peligros de un veneno intestino que abriga en sus entrañas sin proporcion del menor antidoto ó lenitivo. ¿La prudencia? ¿Pero de qué medios no se valió para formar un pequeño útil egército aun de gentes inútiles y delinquentes? ¿La urbanidad y humanidad? No es fácil decidir si fué mas compasivo con los prisioneros y los rendidos, ó mas urbano con los generales enemigos. ¿La sagacidad? ¿Qué ardidés y qué estratagemas de aquellos que hizo honestos por necesarios el arte de la guerra, y de que en ciertos casos se vale la industria sin queja de la sinceridad, no fabricó en Omoa: ya poniendo á vista de los prisioneros variedad de uniformes de tropa veterana y miliciana, ya distribuyendo á largas distancias las cajas, para que sonando en diferentes parages los toques de las oraciones y de la retreta, ima-

ginaran los sitiados que se alojaba en nuestro campo mas número de tropas del que realmente habia?

¡O y cuán cierto es que la sinceridad de un corazon fiel á Dios y á su Rey inspira muchas veces resoluciones mas prudentes y generosas, que cuantas enseña una consumada esperiencia: y que en las ocasiones oportunas sabe dirigir felizmente las acciones de un general! *Simplicitas justorum dirigit eos.* La del señor Galvez en esta ocasion fué tan pura, como fué heroico su valor. ¡Con qué franqueza referia los sustos y peligros de esta campaña! ¡Con qué sincera religiosidad atribuia á una especial proteccion del cielo su victoria, confesando que habia sido superior á sus esperanzas el suceso! *Yo, señores, decia á los que iban á darle el pláceme, no venia á recuperar á Omoa, sino á morir sobre el campo de Omoa.* Con esta humilde moderacion juzgan sus hechos y los esplican los héroes sencillos. Pero un Rey justo, que conocia muy bien la importancia de esta y de las otras expediciones del señor Galvez, que libertaron al reyno de Goatemala de un enemigo cuyos ambiciosos designios aspiraban á mayores empresas, manifestó quanto apreciaba el mérito de su fiel vasallo, recompensándole no me-

nos que con el vireynato de Nueva España.

¿Y qué pensasteis, hombres artificiosos, que veneráis á la politica como una divinidad pagana que habita entre las sombras; y que solo se muestra propicia á los sacrificios del engaño, de la cautela y de la cabala: cortesanos impios, que nos pintais á la ciencia del gobierno como una arte fundada sobre ciertas máximas de artificios secretos, de oscuros proyectos y de arbitrios que solo miran al interes sin consultar á la religion, ó como una facultad que solo pueden profesar los genios astutos, diestros en afectar todós sus movimientos: qué imaginasteis cuando visteis en la capital de esta América y con las riendas del gobierno mas vasto y el mas difícil de este nuevo mundo á un hombre natural cuya sinceridad le hacia enemigo irrecconciliable de todo engaño y disimulacion, y cuyo amor á la vida privada le habia tenido tantos años lejos de las cortes y de los gabinetes? Creisteis sin duda que en un teatro en donde por lo general estan representando unos personajes fingidos la escena del disimulo, la adulacion vestida de obsequio, la envidia de zelo, el interes propio del amor del principe: en un teatro donde las aparien-

cias engañan mas que á los espectadores á los mismos que las disponen: creisteis, vuelvo á decir, que en la corte y en el gobierno ó tropezaria en los riesgos de la primera la sinceridad del señor Galvez, ó no llenaria las árduas importantes partes del segundo. Pero jamas prevalecerán las conjeturas de una política carnal contra los testimonios de aquel Dios sabio que nos asegura, que cuando los pasos del hombre van dirigidos por una sincera intencion colman de felicidades á los pueblos: *Simplicitas justorum dirigit eos... & in bonis justorum exultavit civitas*. Nuestro virey desempeñó con el mayor acierto las obligaciones de su alto empleo, y mantuvo su carácter sencillo en medio de la corte.

En vano me esforzaria á manifestaros en un tiempo tan corto las pruebas que dió de su feliz gobierno, si hablando delante de los mismos que le experimentaron no me redujera á unos ligeros apuntamientos que sirvan de breves indices á vuestra memoria y á su elogio. Persuadiendo el excelentísimo Galvez á que la verdadera arte de gobernar es aquella que hace venturosos á los pueblos, á este fin dirigia sus ideas y sus providencias. La guerra y la paz, los dilatados ramos del

comercio, de la minería, de la agricultura, las atenciones de la tropa, los derechos de los particulares y tantos otros innumerables egos sobre que gira la máquina política del estado, todos los movia ácia el término de la pública utilidad. Tan felizmente que, uniendo en sí aquellos dos apreciables dotes del cielo que los romanos pedian á los dioses para sus emperadores, la bondad de Trajano y la prosperidad de Augusto, á la sinceridad de corazon de nuestro virey parece que correspondia el cielo con la felicidad de los sucesos: *Benedictione justorum exaltabitur civitas*. Como si el fuese el precursor de una paz suspirada, apenas pone el pie en esta capital recibimos la alegre nueva de haberse concluido la guerra. A él se reservaba la publicacion y distribucion del código de las nuevas leyes que reglan el real é importante cuerpo de la minería. A su providencia y solicitud confia el Rey el grande proyecto del Banco Nacional en este reyno. En sus dias, y en vista de sus informes y representaciones dota y erige bajo su soberana proteccion la piedad de un Monarca amante de las ciencias y de sus vasallos la real Academia de San Carlos de Nueva España. Academia no menos útil que

gloriosa á nuestros nacionales, y que conservará indelebles en su memoria y en su reconocimiento los nombres de aquel insigne ciudadano á quien Dios y el amor á estos países inspiraron tan noble y ventajosa idea, y de aquel virey á cuyos influjos se ha debido su aprobacion. Los maravillosos progresos que ha hecho desde sus tiernas cunas nos anuncian que será Méjico dentro de pocos años el país de los Bonarotas y de los Rubens, de los Velazquez y los Canos: y que ella vendrá á ser honrosa emulacion de cuantas Academias cultivan en Europa las tres nobles artes de Pintura, Arquitectura y Escultura.

¿Pero con qué manos pone el señor Galvez en arreglado movimiento los diferentes cuerpos de esta inmensa máquina? Os escitaría á preveniros de admiracion para oír lo que voy á deciros, si ya ántes de ahora no hubiera sido esta frecuente materia de vuestros elogios aun en las conversaciones familiares. Un hombre asaltado continuamente de agudísimos dolores de gota, agoviado con otras muchas graves y molestas enfermedades, cuando parecia que no estaba mas que para gemir en el lecho, se sostenia maravillosamente para servir en todo al gobierno y al pú-

blico. Deciais, señores, y deciais bien, que el señor Galvez todo era corazon y espíritu, ó que su espíritu, tanto mas fuer-te cuanto era mas sencillo, suplía los defectos de un cuerpo estenuado ya y consumido. Como si no le animara su grande alma para sentir lo que padecía, se conservaba despejada y tranquila para meditar, para acordar las providencias, y para resolver: sus manos casi inmóviles estaban espedidas para firmar: y cargado de enfermedades, que alteran al paciente, que lo exasperan, y no le dejan voz sino para la queja, recibe con un semblante alegre, habla con dulzura y trata con afabilidad á cuantos le buscan. Id ahora y desafiad á la astucia más fina y al disimulo del político más artificioso: id y desafiadle á que en una situacion tan dolorosa afecte afabilidad y dulzura, y á que por el servicio del público esfuerce una naturaleza moribunda á sostener tareas que no sufre la salud más robusta. Estos portentos solo los obtá un corazon sincero, á quien ni las prosperidades ensoberbecen, ni abaten las adversidades. Santa y admirable simplicidad tú eres el sólido fundamento de un gobierno feliz; tú la que sacrificas generosamente los propios intereses á los del público, y la que elevas el humano espíritu á un grado

de magnanimidad bienhechora adonde no pueden alcanzar ni los esfuerzos de una vana filosofía, ni los artificios todos de la política.

Es, señores, la política de artificio como aquellos ingeniosos acueductos, inventados para la diversion, en los que conducida la agua y estrechada en varios canales, por medio de ciertos artificios hidráulicos se hace subir violentamente y contra su natural gravedad. El menor cuerpo que se interponga detiene su curso, la menor quiebra del canal impide su ascenso, y todo su artificioso primor sirve mas para entretenimiento de los ojos, que para pública utilidad. Al contrario: un corazon dotado de sincero candor sobre el fondo de una buena razon natural es semejante á un rio que corre libre y descubiertamente sus limpias aguas, derramadas por las campiñas y por los valles, las riegan y los fertilizan; y si tal vez se despeñan arrebatadas de su peso; lo que parece desorden es medio para el cultivo de aquellos campos ácia donde se precipitan. ¿Y no era esto, señores, lo que tantas veces admirábamos en nuestro virey? ¿Qué golpes de políticas providencias tanto mas finas y mas nobles, quanto mas naturales! ¿Qué sencilla esplicacion de los principios funda-

mentales de la justicia y la equidad, en que sin el adorno de la jurisprudencia se dejaba ver el verdadero espíritu de las leyes! ¿Qué máximas de gobierno tan llenas de bondad y de celo del bien comun! ¿Qué ideas tan ajustadas á los verdaderos intereses del Soberano, vinculándolos siempre á la tranquilidad, al desahogo, al beneficio del vasallo! Los que tuvisteis la fortuna de tratarle de cerca decid francamente si no admirabais muchas veces en él un especulador juicioso de la naturaleza sin filosofía, un juez justo y piadoso sin el estudio de las leyes, un gobernador prudente, y político sano sin artificio, un hombre sincero en la corte y un virey digno de que se conserve en nuestros fastos su memoria con el renómbre de Don Matías de Galvez el Bueno.

Inferid ya si el que dirigido de su sinceridad llenó las muchas y graves obligaciones de un árduo empleo, sentiria disminuirse ó alterarse su sencillez entre la corrupcion de la corte y con los atractivos del mando. No, señores, jamas conoció la disimulacion y el artificio: sobre su frente se leian los sentimientos de su espíritu: sus labios siempre estaban de acuerdo con su corazon; y en él solo hubo senos reservados é impenetrables para los secretos.

del gobierno y para los que exigia una buena fé. Por lo demas no hablaba ni daba oídos sino al lenguaje puro de la verdad. Decia lo que sentia con franqueza, y penetraba, para desterrarlos muy lejos de sí, los disfraces con que se introduce en los palacios la adulacion. Solo en una materia supo y exerció diestramente el arte de disimular: en la distribucion de sus beneficios. Generosidad no solo superior á toda alabanza, mas que aun apenas tiene egemplar. Hacer bien sin la mira de la retribucion es una noble beneficencia: no solicitar ni aun el agradecimiento del beneficiado es mayor y mas pura virtud; pero imposibilitar hasta el reconocimiento, procurando con todo estudio ocultar el beneficio del que le recibe, es una bondad casi no conocida entre los mortales y que tira gages de diuina; Ah! si en mi lugar les fuera permitido tributar á las cenizas de este grande hombre una espresion de su agradecimiento á tantos que, habiendo experimentado los efectos de su proteccion, solo supieron la mano á que los debian ó por un incidente casual, ó porque despues de su muerte lo han publicado los depositarios del secreto; ¡qué no dirian mas con las tíernas lágrimas de unos ojos reconocidos á su insigne benefactor que con las palabras!

Pero yo á vista de este imponderable desinterés ¿qué tengo ya que ponderar de aquel otro desprecio magnánimo que hacia de las riquezas y de los honores? Frugal en su traje, en su mesa, en su tren se mostraba enemigo implacable de la ostentacion y del fausto. La frugalidad egemplar de su palacio y de su familia se hizo tan respetable, que faltaba poco para que, avergonzado el lujo, se apreciara como moda en la corte la moderacion honesta y cristiana. Humano, accesible á todos y á todas horas supo ser humilde representando á un Rey, y Rey tan grande como el de España. Dispensadme, señores, si confundiendo tantas virtudes de las que á juicio de S. Ambrosio resulta la sinceridad, y que debian elogiarse distintamente, falto al método por consultar á la brevedad. Vosotros le visteis vivir mas como un ciudadano moderado que como un virey poderoso, tratar con los inferiores mas como vecino particular que como superior, confundirse gustoso con la multitud y hablar con la familiaridad mas afaible á la ínfima plebe saliendo á reconocer personalmente la utilísima obra del empedrado: proyecto que se debió enteramente á su industria ingeniosa para consultar á la sanidad, á la limpieza y á la her-

mosura de esta capital. Vosotros le oísteis quejarse de que le incomodaban los respetos y ceremonias de rendimiento que se tributaban á su alto caracter. Vosotros le visteis vivir sin vanidad, y le admirasteis morir pobre.

Prueba nada equívoca de que no era su moderacion un desinterés político, virtud aparente que oculta muchos vicios, que desdeña los intereses por grangearse el aplauso sacrificando á la ambicion la avaricia; ó por mejor decir, que por el rumbo de una ambicion secreta y de un falso concepto de desinterés quiere arribar al término de una codicia desmesurada. No, el señor Galvez despreciaba aun aquellos honestos medios de atesorar de que podia valerse sin ofensa del honor y de Dios. Porque decia con su genial franqueza: *á mí con los sueldos que el Rey me dá, me sobra mucho para lo poco que he de vivir: mi hijo tiene un caudal crecido en sus distinguidos empleos: á mi muger no le faltará lo necesario.* ¿Y no podré yo sin temeridad afirmar que este es uno de aquellos hombres que el autor divino del Eclesiástico buscaba para hacerle el debido elogio? Aquí, en la capital misma de la región de la plata y del oro, árbitro en cierta manera de sus riquezas, está un

hombre que lejos de solicitarlas y de correr tras de los tesoros, los aborrece, los desprecia y los huye. Este heroico desinterés pareció á aquel escritor infalible tan raro y admirable entre los mortales, que le llamó marca de un hombre bienaventurado y obrador de portentos: *Beatus::: qui post aurum non abit::: Quis est hic, & laudabimus eum? Fecit enim mirabilia in vita sua.* ¿Y qué mayor argumento podemos nosotros formar de las cristianas virtudes del señor Galvez? Dígase ingenuamente: virey desinteresado, pobre y humilde es un milagro de la gracia y un maravilloso conjunto de grandes virtudes. Fiel á Dios, confiado en sus misericordias, amante de su infinita bondad, templado, fuerte, justo, prudente: todo esto dá á entender quien dice virey pobre y humilde. Porque ¿cómo no tendría avasallada bajo sus pies la tropa vil de los apetitos, quien llegó á ser señor de las dos pasiones que con violencia tiranizan al hombre, interés y orgullo, aun en medio de los incentivos y títulos que las fomentan y las autorizan? Pero nuestro humilde virey á la luz de la fe, que solo descubre sus misterios á los sencillos, profesor sincero de la pura religion de sus padres, viva íntima y prácticamente con-

vencido de sus sagradas máximas. De ellas aprendia que la verdadera grandeza consiste en el desprecio de sí mismo, que no hay otra riqueza, ni otra honra sólida que la eterna, y que de ésta solo participan los que observan los egemplos de humildad y pobreza de un Dios Salvador. Religion santa, ¡qué hayamos llegado á un siglo de tinieblas en que entre los mismos católicos se recomiende como virtud rara y no comun á los grandes y presumidos sabios del mundo una fe sencilla, obediente á la iglesia y á sus pastores! ¡Qué pretenda introducir ocultamente su veneno hasta el corazon sano de España una secta de hombres ignorantes y carnales, que por eximir á la naturaleza del suave yugo de la fe y de la moral de Jesucristo, la hacen esclava del infame deleite y de las groseras ilusiones de una filosofia delirante! ¡De unos hombres que, blasfemando lo que ignoran, impugnan misterios que no conocen para quienes la piedad y la devocion son supersticion y fanatismo del pueblo bajo, la incredulidad galanteria de espíritu, y la creencia de la eternidad ultrage y oprobio de la razon! ¡Qué unos hombres faltos de principios, sin caudal de letras, sin el conocimiento de la teologia, de los derechos y de la historia, con quatro pa-

sages impíos y con no sé que sucias é insulsas sátiras de autores indignos aun que se pronuncien sus nombres, se imaginen autorizados para penetrar hasta lo intimo del santuario, no hablando en sus infames corrillos y en sus tertulias sino de los dogmas sacrosantos hasta convertir los estrados de las mugeres en academias de sus sacrilegas disputas! ¡Qué se atreven á censurar y calumniar aquella fe que enseñó el hombre Dios, que abrazó la iglesia congregada muchas veces en sus concilios, que han publicado los oráculos infalibles de los sucesores de Pedro, vicarios de Cristo!

Religion adorable, recibe en medio de tantas injurias los homenages de la fe española y católica de un virey sencillo no ménos en su creencia, que en sus acciones y sus costumbres. España será siempre el patrimonio de la iglesia: y Galvez, como hijo de una y otra, supo conservar hasta los últimos momentos su puro depósito. Jamas se le oyó discurrir atrevidamente ni hacer materia de sus conversaciones aquellos misterios que deben venerarse con una fe ciega y humilde, y no profanarse escudriñándolos á la luz débil de la razon: practicaba piadosamente las devociones autorizadas por la tradicion y

la costumbre, creía como uno del pueblo y no se avergónzaba de parecer cristiano. Respetaba á los ungidos del Dios vivo; y ser devoto no era en su concepto debilidad de espíritu ó preocupacion de una mala crianza.

¡Ah y cuántas veces suspiraba por su amado retiro de Macharaviaya para acabar en él sus dias sin otro gobierno que el de su alma, ni otro negocio que el único é importantísimo de la eternidad! ¡Cuántas veces lo solicitó con instancia de la piedad del Rey! Faltó para el deseado reposo el cumplimiento de sus deseos; pero no faltó á su heroica humildad la resolucion sin egemplar de hacer dimision del gobierno, aun cuando libre y espedito el egercicio de sus potencias se hallaba en estado de mandar. Virey singular, que vivió gobernando por obediencia, que se preparó para morir con el voluntario despojo del uso de su autoridad, y que quiso ser tratado despues de su muerte como el plebeyo mas abatido.

¿Y será ahora preciso valerme de una elocuencia artificiosa para haceros ver los esfuerzos inútiles de una virtud lánguida que empieza á vivir en un corazon moribundo, y que nace entre los últimos suspiros? ¿Recurriré á aquellas pinturas me-

lancólicas con que suelen los oradores escitar por medio de la compasion la admiracion de unos falsos héroes que reducidos á la cama de la muerte nada tienen de admirable sino su miseria? ¿Mas para qué? Si el señor Galvez fué mas digno de elogio, que de compasion en su postrera enfermedad. Fué ella, no hay duda, dilatada y penosa: un humor acre que se derama en las entrañas, que se fija en las articulaciones, que represado y formado en varios tumores abre unas llagas ardientes y crueles, le purifica por muchos meses, y pone su virtud á prueba de varias enfermedades y de agudos dolores. Cerca de un año esta ofreciendo á Mégico un espectáculo de asombro: á un mismo tiempo Dios le acrisola en el fuego de la tribulacion, y él merece con el sufrimiento y con la accion. Padece tanto con sus achaques, como con las molestas precisas medicinas: y obra y gobierna con tanta espedicion como si nada padeciera.

Al fin desesperando ya el arte de sus auxilios, reconoce que solo alcanzan para alargarle la vida por algunos dias y aumentarle con ella el mérito de su padecer. El se resigna humildemente en la divina voluntad, lava sus manchas en la sangre pura del cordero, se alimenta con su car-

ne inocente y se fortaleze para el combate último con la unción santa. Pero ¡ó grande Dios! Tranquilo entre los horrores de la muerte, su sinceridad le conserva festivo y sereno en aquellos instantes en que los crueles remordimientos de una conciencia delincuente desmienten la orgullosa seguridad del impio. Ya suspira por la patria del eterno descanso, ya ofrece á Dios la víctima de su cuerpo indeciblemente atormentado, ya se esplica con donayres graciosos, sin que la cercanía de la muerte acobarde ó perturbe su sencillo espíritu. Mas ¿qué mucho? Preguntado si quiere purificarse de nuevo con las aguas de la penitencia: *sea en buena hora*; responde; *pero no tengo de que acusarme, porque por beneficio de Dios jamas he hecho mal á nadie de intento*. Confesion sincera, que no me deja ya que decir: ella es el mayor elogio del señor Galvez, y la prueba mas eficaz de la bõndad de su corazon. Nada le remuerde al que á nadie hizo mal: de nada se reconoce reo, quien no es reo contra la caridad: y el interior testimonio de su conciencia le dice que por un don de Dios ha cumplido toda su ley observando aquel precepto del señor que da el lleno á todos, y que si se cumple, esto solo basta conforme al orá-

culo de San Juan: *Præceptum Domini est, & si solum fiat, sufficit.*

Lloremos ya, señores, no su muerte, sino nuestra desgracia: y no sea para nosotros ese tûmulo y esta solemnidad un espectáculo de diversion y una mera ceremonia politica, sino un documento de desengaños. Fué el señor Galvez guerrero esforzado, conquistador invicto, glorioso virey: fué depositario de las confianzas de un gran rey, padre de un hijo insigne, hermano de unos ministros ilustres mas que por sus empleos, por sus talentos. Mas ahora el señor Galvez es polvo, y es nada: nada es ya para el mundo, y todo el mundo es nada para él. Todo lo que fué y obtuvo en el tiempo, le seria materia de oprobio y origen de su irremediable desdicha en la eternidad á no haber sido bueno y atesorado en la sencillez del corazon aquella prenda á que está prometida la clara vista del sumo bien. Es verdad, Señor, que en vuestro adorable y tremendo juicio los vasos que parecen mas puros se manifiestan cargados de heces que deben purgarse con la actividad de un voraz fuego. Pero ya en los dias de vuestras misericordias purificasteis á nuestro virey con amargas tribulaciones y con crueles dolores. Esta suele ser una marca

de vuestros escogidos: y esto consuela nuestra justa afliccion. Por lo que á nosotros pertenece, si merecen los mas cordiales agradecimientos el zelo por el público, de quien fué en gran parte victima su vida, el desinterés con que nos gobernó, el amor con que protegió á todos sin distincion ni acepcion de personas, correspondámosle uniendo nuestros votos á los del Pontífice sagrado que acaba de ofrecer por su alma el sacrificio de espiacion: levantemos nuestros clamores hasta el trono de la piedad divina, pidámosle que la sinceridad que dirigió los pasos del escelentísimo señor Galvez en su mortal carrera, le conduzca hasta su adorable presencia, y sea mérito para que repose en eterno descanso.

SERMON PRIMERO
DE PROFESION RELIGIOSA.

Ecce nos reliquimus omnia :: centuplum accipietis. Matth. cap. 19. vv. 27. et 29.

La entera y universal renuncia del mundo y de sus bienes: las magnificas promesas de la vida eterna, del glorioso ministerio de juez en el dia último de los tiempos y de los bienes todos multiplicados desde esta mortal vida son en el Evangelio que habeis oido el caracter mas propio de un perfecto apóstol que todo lo abandona por Dios; y la amorosa dignacion de un Dios, siempre grande en sus recompensas, que todo se lo vuelve mejorado. *Todo lo hemos dejado por tu amor:* así es como se esplicaban en un tiempo los amantes discípulos de Jesucristo despues de haber abandonado los bienes todos por seguirle; y así es tambien, amada hermana mia, como usando de las mismas palabras os dirigis á vuestro celestial esposo en este día solemne, en que determinás-